

Alternativa revolucionaria y anticomunismo

ESTA visto que para algunos voceros oficiales de la izquierda, no puede existir más crítica y autocrítica que la impulsada cautelosamente por sus obis-pales palabras. Se ha llegado a establecer una ortodoxia partidista sobre estrategia y táctica revolucionarias, frente a la cual todo punto de vista discrepante se convierte en herejía. Surge entonces frente al anticomunismo reaccionario de la Derecha, la calificación temeraria de un "anticomunismo de izquierda". Las adjetivaciones menudean cuando se trata de singularizar determinadas actitudes de independencia crítica, pretendiendo desautorizarlas frente a la opinión pública.

No puede tacharse lealmente de anticomunismo el afán orientador de quienes pretenden contribuir al esclarecimiento de una estrategia y una táctica de acción política, que en estos instantes se comprueba punto menos que fracasado para la conducción del movimiento popular.

El sentido de este fracaso lo podemos palpar en el resultado de la campaña presidencial de 1964. La conciencia social del pueblo chileno, manifestada a través de sus capas medias y de algunos sectores del proletariado, demostró su permeabilidad al ideario demócratacristiano. Los anhelos de cambio de estas capas sociales, su sincera manifestación en contra de un ambiente económico-social insostenible, se vació en esta alternativa que para ellos era la posibilidad de un nuevo orden, sin los riesgos del comunismo. Porque el anticomunismo real y concreto, no el fantasma que se pretende levantar interesadamente, constituyó una ofensiva de fácil acceso en sus conciencias despolitizadas.

La falta de ascendente revolucionario serio en el movimiento popular es una realidad palpable, gestada a través de un proceso de acción política cuya responsabilidad cae fundamentalmente en los partidos populares. Prácticamente, a partir de la muerte de Luis Emilio Recabarren, genuino y cabal revolucionario, no ha habido en Chile la proyección seria de una verdadera política revolucionaria en el seno de la clase trabajadora. La Confederación de Trabajadores de Chile, organizada a poco de nacer el Partido Socialista y bajo su dirección política, dio a la estrategia sindical el carácter de una lucha reivindicativa que minó sus impulsos revolucionarios y desvirtuó su acción. La toma de poder político no constituyó nunca una aspiración básica y central que obligara a postergar toda acción de interés meramente contingente.

La conciencia social de la clase trabajadora se fue modelando paulatinamente en

la atmósfera de un conjunto de aspiraciones contradictorias, en las que se confundían el interés de lograr elementalmente mejoras de los niveles de vida material, con la necesidad de librar una acción electo-parlamentaria que asegurara el triunfo de las candidaturas de izquierda, para lograr las reformas legislativas que hicieran posibles dichas mejoras. Fue una lucha en el seno de la democracia burguesa, y respetando las reglas de juego de la burguesía.

Una ideología reformista fue lentamente insuflándose en la conciencia de los trabajadores. A ello se le denomina hoy, "madurez constitucionalista y democrática del pueblo chileno".

A una alianza de las fuerzas populares y pequeño-burguesas de clase media unidas por un programa común, destinadas a alcanzar algunas conquistas y reformas de carácter económico-social, se le denominó Frente Popular en 1936. El Partido Radical conformó y dio expresión política a una clase media de espíritu laico y librepensadora, captando para sí a grandes sectores de la población, en los que los partidos populares no habían juzgado conveniente proyectar una acción decisiva. La tendencia abiertamente reformista y pequeño-burguesa del P. Radical, actuó negativamente a través del Frente Popular confirmando la necesidad de la acción política electo-parlamentaria, como un camino, y como un instrumento para la solución de los problemas económico-sociales.

La burguesía ha sabido llevar a los partidos populares a sus canchas de juego. La izquierda se transforma así en una masa gelatinosa y deformable, constituida en una institución necesaria a la burguesía. Necesaria para mantener el prestigio democrático y constitucionalista de nuestro sistema jurídico, y la fama, que la propia burguesía ha echado a correr por el mundo sobre la respetuosa actitud democrático-constitucional del chileno.

Los partidos populares cayeron en la trampa, y se fueron por todos los rincones del país expresando que las condiciones materiales y sociales no están dadas en Chile para hacer la revolución. Hace treinta años que se está repitiendo esto. ¿No es, acaso, la confirmación en la conciencia de las masas de una imposibilidad revolucionaria?

El advenimiento de la Democracia Cristiana no es así un fenómeno aislado. Surge de un campo de cultivo abonado equivocadamente por la izquierda que no desea reconocer sus errores.

MANUEL ESPINOZA ORELLANA